

Un poeta desnudo

Víctor Raúl Jaramillo

victorrauljaramillo@gmail.com

Los poetas le ayudan a vivir a la gente, si no lo sabías.

Jaime Jaramillo Escobar

X-504, Jaime Jaramillo Escobar, fue un poeta que extrajo de la realidad las palabras que la nombran, y despejó la incógnita de sus teoremas sin privarla de misterio, porque el misterio está en las cosas evidentes: esa es su manera de ocultarse. Una ecuación simple, por ejemplo, podría contener en su interior los nombres secretos de la divinidad. Pero no es fácil alcanzar el prodigio, hay que merecerlo. Por más vendimias que haya —si no sabes de qué se trata— no podrás beber el vino del diablo.

Jaime Jaramillo Escobar hizo poemas o los sacó de la manga o los vio desnudos al pasar frente al espejo y dio un salto con garrocha. Llenó las palabras que suelen reducirse a un “buenos días”, “gracias”, “de nada” —asumidas por una esfera común de manera prosaica—, con la profunda sencillez con que suelen hablar los maestros. Dejó que las cosas se dijieran a sí mismas con el ritmo, el tono, la vibración de quien sabe escuchar sin prisa, detenido ante lo visto por todos hasta descubrir lo que todos pasan por alto.

La realidad, como ustedes saben, ha de ser escrita entre comillas. Eso no le resta cercanía entre quienes viven al margen de sus obligadas representaciones. Ignorarlo hace que perdamos el tiempo como si estuviese encapsulado en los relojes. Pero la realidad está fuera del tiempo, porque el tiempo es poesía y la poesía no se deja sujetar, porque la poesía es la vida y no podremos vivir de otra manera que creando. Quien quiera ser poeta deberá tenerlo presente y escribir lo que le dé la gana, que para eso es poeta. O al menos eso afirmaba X.

Este poeta realizaba que su mayor gusto era poder transformar, algo así como sacar de la nada un universo, o una gran bestia de una caja vacía. Para hacerlo, tenía a la mano un idioma al que le dio gracias y enalteció en sus últimos poemas: el español. Sabemos bien que solo utilizamos una pequeña parte del lenguaje que nos ha sido dado, uno que recibimos en forma de cultura y cuyas reiteradas consignas entorpecen el canto y nos impulsan a salir corriendo cuando se aproxima la policía.

Entonces todo parece callar y nadie dice nada y los de más allá voltean la cara y prefieren no ver para evitar contratiempos. Pero los insultos van creciendo en la calle y los porrazos cavan hondo en las sienes y si alguien se descuida le sacan un ojo. Y la multitud grita y hay quienes lloran y se arrancan los pelos y los sabios ahí, dejando que dios haga de las suyas. Un dios apático y cómplice que firmó su renuncia antes de que se agotara la leche con que alimentaba al monstruo. Y de repente, vuelve la calma, pero se aviva el rencor. Hasta que estalla la tumba donde vive el muerto y la guerra comienza de nuevo.

De tal modo trastabillamos en el infinito pidiendo limosna entre los astros, y los poetas soban nuestras cabezas como a un hijo deforme y susurran cosas que pocos resisten. Los poetas, esos seres extrañamente comunes que la gente teme como a los marcianos, pues, al menor guiño, invitan a retroceder y a cambiar de perspectiva. No obstante, los poetas entran y salen y asoman su cabeza para asustar a los desprevenidos, porque les gusta jugar como X jugaba, como los niños: con gestos incomprensibles que hacen dudar de su transparencia.



La claridad con que Jaime Jaramillo Escobar se asomaba al mundo, estaba sugerida en sus poemas. Por eso afirmaba que escribir es dejar que el espíritu sople donde quiera, incluso donde no podemos llegar, prestando atención, eso sí, al momento en que el poema logra decir lo que la poesía busca decir: “hemos llegado, ya está bien”... y él obedecía. Entonces se bebía el cielo a pico de estrella, untado de risa por fuera como Mamá Negra, adentrándose en el mar en esa cosa dura, en la canoa que era ella.

Y en medio del océano —caminando sobre las olas como en un relato bíblico— el poeta hace un pacto con la sal y funda aquella ciudad que aún buscan los amantes de tesoros y titulares. Como si el poeta llegara del futuro a poner orden, convencido de que la vida no siempre ha sido grata y que el hundimiento de una vieja civilización no asegura el avance, sino un amargo retroceso que carcome por dentro a las viudas de los vencidos. A las tristes viudas que no vieron más a sus hijos que salieron a pescar, siempre en desventaja frente a los acorazados del invasor.

Pese a su austera manera de vivir, los suyos eran poemas que no se constreñían, siempre encaminados a dar más de lo que sus lectores esperaban, excesivamente exactos. Yo imagino a Jaime como un árbol bajo cuya sombra uno se deleita con frutos amorosos, calmando los alfilerazos desatados en el ir y venir de la vida, llenos de ironía, sin miedo a pensar, salidos del vientre de una ballena o montados a caballo. Un regalo para los hombres que, al leer y releer, encuentran cierta tranquilidad en medio del cansancio. Como si sus versos fueran un jugo de tamarindo para la sed o si se tiraran en picada desde la luna.

En momentos meditativos suelo pensar que toda poesía es profética y para ser interpretada necesita de la adivinación. Algo que ya se ha dicho; pero referido al enigma, al susurro de una voz inescrutable que se revela con el paso del tiempo, cuando el canto antiguo se convierte en el surtidor de la garganta. Pues bien, la poesía de X-504 podría ser profética. Esto es, una escritura que dice lo que realmente sucede, sin artificios, corroborando que el augurio es abrir los ojos ante lo que nos rodea, despertando al momento justo, al mismo tiempo en que la predicción es sugerida. Inmediatez de la experiencia.

Por eso, un poema que nos habla al oído —sin importar de quién o para quién ha sido escrito— es la proximidad de aquello que somos y que ignorábamos. Me explico: darse cuenta de que vamos por la vida al vivirla, en el preciso instante en que la vivimos, es la posibilidad de la verdadera poesía, sin imposturas, con una voz natural. Como cuando el agua se hace agua en la piedra o cuando decidimos rescatar el fuego que incendia nuestra casa. Como cuando soñamos que matamos un dragón y, al despertar, su cabeza ensangrentada está a nuestros pies.

Muchos poetas —yo también aunque no lo sea— asumen sortilegios y signos oscuros para encubrir lo que no pueden decir, lo que les está vedado. Y creen que ese truco medio escabroso, medio inútil, les otorga la posibilidad de permanecer un poco más en la historia, darle un susto a la muerte que arrasa con todo. Sobre todo porque no existe quien renuncie al misterio, quien pueda vivir sin mitos ni ilusiones. Cuando la quimera es descifrada, cae inane y muere. Pero tras el cadáver hay quienes preparan su resurrección y el bolsillo.

La cadena de sueño, imaginación y metáfora con que suele habitarse el poema, deslumbra la emoción que se queda atascada en los laberintos del lenguaje y nadie parece entender cuando la inteligencia —o, para ser más precisos, la sensibilidad— es ajena a lo que se lee. Comunicar con claridad es algo que muchos poetas pretenden y, no obstante, no logran cumplir. De todos modos, “claridad” no significa una cachetada en carne viva, un abuso de la “realidad”, o un comercio con monedas gastadas. Cuando esto ocurre, cuando lo escrito no acaricia su corazón, cuando el poema no aviva el asombro, cuando sus palabras no lo llevan al lugar de la poesía, el lector pasa la página, busca otro libro, cambia de poeta.

Pero no es esta una crítica general y mucho menos personal, sino un énfasis para hacer notar cómo X-504, en su forma de escribir, habla con nosotros abriendo las puertas de su casa con tres días de anticipación. Sin artimañas, sin fingimientos, decidido a conversar con generosidad, cariñosamente. Jaime no buscaba otra cosa que serle fiel a la poesía, a aquello que a su entender era la poesía. Y eso significó para él el desenmascaramiento de un país que se enorgullece de su ignorancia, que se mofa de la pobreza, que adula la

riqueza y ataca hasta eliminar el pensamiento crítico y la creación libre. Un país que no resiste la lucidez ni tolera la locura, que emula fervientemente a los jóvenes que cantan el mismo estribillo de antes de ayer, cogidos de la mano por miedo a perderse. Buscando un padre: su mayor desgracia.

Un país donde los cánones han hecho más daño que bien, y cuyas alianzas entre intelectuales son cosidas por los intereses del poder mientras caen bombas en el jardín. Un país donde las rebeliones se institucionalizan sin vergüenza alguna, se amodorrán, se dogmatizan e imponen su sesgo como verdad ineludible de ahí en adelante. Un país que vive de nostalgias y fantasmas, adicto al chisme y a telarañosas envidias que desconocen lo envidiado y enmudecen lo que no está a su alcance. Negando la entrada a quienes llevan pájaros en las manos o una flor de luz en la solapa.

Un país de memoria turbia, amañada. Amparado por el himno de los fusiles y las banderas estercoladas. Donde las maneras de vivir son impuestas por la moral hipócrita que hace y deshace en privado, resguardada por el mercado corrupto de la usura y la fe, venerada por los nombres de moda que se adaptan a su patraña. Un país en el que se asume la idiotez como un sol impoluto, original y lleno de gracia. Fuente de doctrinas en desuso. Un país donde la sospecha demarca los límites del genio y abre las compuertas a una precaria ineptitud.

En fin, un país donde una palomita ilegal vuela sobre las leyes sin que importe. Un país que se mata por un granito de arroz. Uno donde pocos poetas —X entre ellos— han dicho, dicen y dirán para todos, lo que muchos callan para no ser descubiertos en la mentira. Cortejo de hombres invisibles que dejan huellas en la playa. Alimento del odio, fermento del crimen, espanto al caer en un pozo, mueca de lo que fue y no pudo ser más.

Nos quedan sus libros, sus poemas, sus reconocidas páginas. Quedan con nosotros su voz, su canto, su feroz delicadeza. Ahora que ha vuelto a Angbala, recordamos al poeta con un respeto místico, como si estuviera recorriendo la selva, desnudo, ofreciendo su olvido a la orilla del agua.

Ha muerto Jaime Jaramillo Escobar, y lo ha hecho en español. Porque ese era su deseo, el deseo de los deseos: por la palabra *adiós* y la palabra *gracias*.

Medellín, 26 de enero de 2022, 5:31 pm 📖

